

ÍNDICE

Prólogo a la presente edición, de Ángel Viñas	13
Presentación, de Manuel Azcárate	21

PRIMERA PARTE

MI EMBAJADA EN LONDRES

CAPÍTULO 1. Alfa y Omega de mi embajada	29
CAPÍTULO 2. El mundo político-social de Inglaterra ante la guerra de España	45
Relaciones oficiales	46
Relaciones político-sociales	52
CAPÍTULO 3. Mediación	67
CAPÍTULO 4. Bombardeos aéreos de poblaciones civiles	89
CAPÍTULO 5. La protección del tesoro artístico nacional	119
CAPÍTULO 6. Negociaciones «in extremis» (enero-febrero de 1939)	125

SEGUNDA PARTE

LA NO INTERVENCIÓN

<i>Introducción</i>	137
CAPÍTULO 7. Primeras negociaciones en torno de la no intervención . .	145
Constitución del Comité de Londres (septiembre de 1936)	145
Intervención alemana y primer plan de control (noviembre de 1936) .	145
Reunión extraordinaria del Consejo de la Sociedad de Naciones (diciembre de 1936)	148

Segundo plan de control (marzo de 1937)	150
Intervención italiana	154
CAPÍTULO 8. Vicisitudes de la no intervención	157
Retirada de combatientes extranjeros	157
La aplicación del control: incidentes en el Mediterráneo (mayo de 1937)	162
El Consejo de la Sociedad de Naciones examina la intervención ítalo-alemana en la guerra civil (mayo de 1937)	168
CAPÍTULO 9. Alemania e Italia ante la no intervención	171
Alemania e Italia se retiran del Comité de Londres (mayo de 1937). . .	171
Diversas fórmulas para su retorno: zonas de seguridad, patrullas mixtas, observadores neutrales	172
Disgusto del Comité de Londres	174
Acuerdo de las cuatro potencias navales del control (junio de 1937) . .	175
Comunicación al gobierno español y su respuesta (16 y 23 de junio de 1937)	176
Supuesto ataque submarino al acorazado alemán <i>Leipzig</i> (15 y 18 de junio de 1937)	177
Alemania e Italia se retiran definitivamente del control naval (22 de junio de 1937)	179
La «beligerancia» como fórmula de arreglo y la visita de Negrín a París (1 de julio de 1937)	181
Propuestas franco-británicas y «plan constructivo italo-alemán»	182
Nuevas proposiciones británicas y cuestionario (14 de julio de 1937) . .	186
Informe Hemming-Van Dulm (6 de agosto de 1937)	190
CAPÍTULO 10. La política de no intervención ante la sociedad de naciones	193
Submarinos «desconocidos» en el Mediterráneo (verano de 1937) . . .	193
La conferencia y el acuerdo de Nyon (del 10 al 14 de septiembre de 1937)	196
El acuerdo de Nyon ante el Consejo de la Sociedad de Naciones (16 de septiembre-5 de octubre de 1937)	197
La guerra civil española y la Asamblea de la Sociedad de Naciones (18 de septiembre-2 de octubre de 1937)	201
Notas de los gobiernos francés y británico al gobierno italiano sobre retirada de voluntarios; respuesta negativa italiana y nota aclaratoria del gobierno español (2-11 de octubre de 1937)	205
CAPÍTULO 11. Nueva proposición del comité de Londres	209
Claudicación de Londres y París ante la arrogancia de Mussolini (octubre de 1937)	209
Proposición francesa sobre retirada de «voluntarios», beligerancia y control (16 de octubre de 1937)	211
La obstrucción italiana disgusta a Alemania (16-22 de octubre de 1937)	212

Nueva proposición franco-británica (26 de octubre) adoptada por el Comité (4 de noviembre)	214
Discurso de Eden en los Comunes (1 de noviembre de 1937)	216
Actitud del gobierno español: visitas a Barcelona (30-31 de octubre y 11-12 de noviembre)	217
Interludio en París (13 de noviembre).	219
El gobierno español acepta, en principio, la resolución del Comité del 4 de noviembre (26 y 30 de noviembre de 1937)	220
CAPÍTULO 12. El gobierno español contra la política de no intervención	223
Paréntesis	223
El Comité examina un proyecto de resolución «ómnibus» de su secretario (enero-mayo de 1938) y adopta una proposición transaccional británica (26 de mayo de 1938)	226
Nota del gobierno español a los de Francia e Inglaterra (5 de abril de 1938).	227
Capítulo 13. Viraje definitivo de la política inglesa y francesa: el pacto anglo-italiano y el cierre de la frontera francesa	233
El pacto anglo-italiano (16 de abril de 1938)	233
Protesta del gobierno español (29 de abril de 1938)	235
Debate en los Comunes (2 de mayo de 1938)	236
La cuestión española ante el Consejo de la Sociedad de Naciones (mayo de 1938)	237
Nueva proposición británica sobre control naval (21 de junio-5 de julio de 1938)	239
Respuesta del gobierno español (26 de julio de 1938)	240
Respuesta negativa de Franco (agosto de 1938).	241
Misión de información del secretario general al Comité	242
Francia cierra su frontera (13 de junio de 1938)	242
Actitud de Alemania e Italia	244
Capítulo 14. El gobierno español retira los combatientes extranjeros . .	247
Discurso de Negrín en la Asamblea de la Sociedad de Naciones anunciando la retirada unilateral de combatientes extranjeros (21 de septiembre de 1938)	247
Discusión en la Asamblea (26-30 de septiembre de 1938)	249
Examen por el Consejo y resolución (30 de septiembre de 1938)	251
La comisión internacional (14 de octubre de 1938) y sus informes al Consejo (octubre de 1938-mayo de 1939)	252
La misión de información del secretario del Comité de Londres (octubre de 1938)	255
Injusta acusación de Chamberlain en los Comunes (19 de diciembre de 1938).	256

La retirada de 10.000 combatientes italianos y el pacto anglo-italiano (noviembre de 1938)	257
La situación militar y el fin de la guerra (noviembre de 1938-febrero de 1939)	257

APÉNDICE DOCUMENTAL

1. Carta a don Alberto Jiménez Fraud.	263
2. Resumen del artículo «Spain's ordeal», de Salvador de Madariaga, en el <i>Observer</i> (11-VIII-1936)	264
3. Declaración del gobierno español, del 30-IV-1938 (Los «trece puntos»)	265
4. Conversaciones en Ginebra (enero-febrero 1937)	268
5. Memorándum (13-II-1937)	270
6. Nota de una conversación con M. Blum (31-X-1938)	272
7. Nota al ministro de Estado (9-XI-1938)	274
8. Carta al ministro de Estado (17-XI-1938)	279
9. Nota de una conversación con Mr. Kennedy (8-XII-1938)	283
10. Párrafos de un memorándum (15-XII-1938)	285
11. Nota sobre el reconocimiento de beligerancia a las autoridades franquistas.	287
12. Párrafos de una carta al ministro de Estado (2-VI-1938)	288
13. Informe del Comité de redacción de la Tercera Comisión de la Asamblea de la Sociedad de Naciones (30-IX-1938)	289
14. Carta de sir Frederic Kenyon al <i>Times</i> (20-VII-1937)	291
Respuesta del embajador de España	291
15. Artículo del <i>Morning Post</i> : «Los tesoros del Prado» (26-VII-1937)	292
16. Artículos de sir Frederic Kenyon en el <i>Times</i>	294
«La protección de los cuadros del Prado» (3-IX-1937)	294
«La obra de salvamento en Cataluña» (4-IX-1937)	298
17. Artículos de Mr. James G. Mann en el <i>Daily Telegraph</i> : «Cómo se están salvando los tesoros artísticos españoles» (3-IX-1937)	301
«Pinturas depositadas en Valencia» (4-IX-1937)	305
18. Párrafos de dos cartas al ministro de Estado (26 y 29-I-1939)	307
19. Carta a lord Halifax (26-II-1939)	311
20. Ayuda militar al general Franco.	312
21. Aclaración del general Rojo a un artículo de <i>Argentina Libre</i>	316
22. Primer plan de control aprobado por el Comité de Londres (12-XI-1936)	318
23. Nota del gobierno español sobre el segundo plan de control (24-III-1937)	319
24. Nota del gobierno español al británico sobre los combatientes marroquíes (9-III-1937)	322
25. Nota del embajador español (13-III-1937) y respuesta del gobierno británico (5-IV-1937) sobre el carácter militar de la intervención italiana.	323

26.	Carta del delegado de España en la Sociedad de Naciones sobre el bombardeo de Almería (31-V-1937)	326
27.	Nota del gobierno español al británico sobre el bombardeo de Almería (4-VI-1937)	328
28.	Preparación de la resolución del Consejo de la Sociedad de Naciones (29-V-1937).	334
29.	Nota del gobierno británico al español (16-VI-1937)	335
30.	Nota del gobierno español al británico (23-VI-1937)	336
31.	Respuesta del gobierno británico a la nota anterior (8-VII-1937). . .	338
32.	Despacho al ministro de Estado (3-VII-1937)	339
33.	Nota sobre la visita a París el 1 de julio de 1937	342
34.	Carta al presidente del Consejo (2-IX-1937)	344
35.	Discurso de Negrín ante el Consejo de la Sociedad de Naciones (16-IX-1937)	346
36.	Resumen de una conversación con Mr. Eden (28-X-1937)	349
37.	Cartas al jefe del Gobierno español (6 y 17-XI-1937)	350
38.	Nota al gobierno británico sobre retirada de «voluntarios» (30-XI-1937)	353
39.	Respuesta de las autoridades franquistas a la proposición del Comité de Londres (18-XI-1937)	355
40.	Notas del diario (marzo 1938)	358
41.	Cartas al jefe del Gobierno español (8-XII-1937 y 7-I-1938)	363
42.	Carta a M. Alexis Léger (27-V-1938)	365
43.	Carta a Vernon Bartlett (26-IV-1938)	367
44.	Telegrama del ministro de Estado al secretario general de la Sociedad de Naciones (4-V-1938)	373
45.	Respuesta del gobierno español al Comité de Londres (26-VII-1938)	374
46.	Telegrama y carta al ministro de Estado (26 y 28-VII-1938)	381
47.	Documentos relativos a la negativa de Franco al plan de No Intervención	383
48.	Resolución del Consejo de la Sociedad de Naciones (30-IX-1938) . .	392
49.	Resumen de la comisión para la retirada de «voluntarios» extranjeros	393
	<i>Índice de láminas</i>	396
	<i>Índice onomástico</i>	397

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

Este libro de memorias de don Pablo de Azcárate, embajador de la República en Londres durante la guerra civil, es un auténtico clásico. Lo publicó la editorial Ariel en los albores de la transición. Hoy es inencontrable excepto en buenas bibliotecas. Sin embargo, se trata de un trabajo al que recurren una y otra vez casi todos los historiadores que se han acercado a un complejo de temas que suelen subsumirse bajo el título general de «internacionalización de la guerra civil» o subtítulos como los de «no intervención», «relaciones hispano-británicas en la guerra civil» y «política exterior republicana».

El que ahora las memorias de Azcárate de aquellos años aciagos aparezcan de nuevo es un pequeño hito. Reforzaré la deuda de gratitud hacia Ariel que confío sientan todos los historiadores jóvenes, así como el público en general, interesados por dimensiones absolutamente esenciales de la contienda española.

En puridad, este prólogo a la reedición no es necesario. La presentación que hizo a la edición original el hijo de don Pablo, el entonces destacado dirigente del PCE Manuel Azcárate, dio en el clavo: «más que de una historia, se trata de materiales para la Historia».

Es una caracterización que, treinta y cinco años más tarde, no ha perdido un ápice de su vigencia. Pablo de Azcárate no intentó escribir la Historia, con mayúsculas. No era posible en aquellos años. Se concentró en lo que sabía personalmente y en lo que había visto y vivido. Con ello ofreció a sus lectores, y a los historiadores, un recorrido por los altos y bajos de su gestión en Londres. También de las aventuras diplomáticas en que estuvo involucrado a causa de las fortunas de la guerra y de la política exterior republicana, que siguió de cerca y a la que tanto contribuyó.

No es propósito de este prólogo ni enmendar algunas inexactitudes del de la edición original de Ariel ni, mucho menos, resituar las memorias.

Eso sería un enfoque que debe quedar reservado a las investigaciones que se sirvan de ellas como lo que son: materiales, recuerdos de un protagonista, recreación de una atmósfera e identificación del tipo de relaciones personales que no siempre afloran en los documentos oficiales.

Sobre la personalidad y carrera del embajador Azcárate he tenido ocasión de hacer algunas consideraciones en el prólogo de mi edición a sus memorias de posguerra, aparecidas en octubre de 2010. Fue entonces consejero para Asuntos Internacionales del presidente del gobierno republicano en el exilio Juan Negrín. No es menester reproducir ni sintetizar aquí lo que entonces ya escribí. Conviene, no obstante, recordar que don Pablo procedía de una familia culta, universitaria y de talante más bien pro-republicano y que había sido uno de los alumnos predilectos de don Gumersindo de Azcárate, cofundador de la Institución Libre de Enseñanza y uno de los motores de la Junta de Ampliación de Estudios.

Sí quisiera subrayar, no obstante, dos rasgos que me parecen esenciales. El primero es que, a diferencia de sus memorias del exilio, Azcárate tuvo tiempo de elaborar y reelaborar las relativas a la guerra civil. Esto no ocurrió con las posteriores, en las que el texto quedó, salvo uno o dos capítulos, muy en borrador. El segundo rasgo es que en uno y otro caso Azcárate no se basó en recuerdos falibles, afectados de los imponderables que suscita la lejanía en el tiempo y en la memoria personal, que es necesariamente selectiva cuando no hiperselectiva.

El embajador Azcárate, al redactar estas memorias en su residencia de Ginebra, en los años cincuenta del pasado siglo, se basó en una masa documental de primera mano: copias de textos, despachos, telegramas, amén de recortes de prensa, entradas de un diario que llevó con aceptable puntualidad —si bien con lagunas— durante muchos años y una amplia gama de correspondencia muy variada. Todos ellos, salvo algunos pocos, los entregó la familia Azcárate a final de los años noventa al Ministerio de Asuntos Exteriores en cuyo archivo general se encuentran hoy primorosamente catalogados y, por supuesto, perfectamente conservados.

El resultado de los esfuerzos de Azcárate fue muy diferente a los que otros prohombres republicanos reflejaron en sus recuerdos durante los amargos años del exilio a tenor de una memoria evanescente, una literatura secundaria que generalmente no identificaron y pelearon con otros memorialistas de distinta cuerda.

Azcárate, por el contrario, combinó los documentos que había generado o recibido con sus propios recuerdos y supo insuflarles un hálito y una pulsión emocional de los que carecen tantas y tantas obras de exiliados. La única con la que compite por un teórico primer premio a la calidad memorialística del exilio es, en mi modesta opinión, la de Zugazagoitia.

Ello no es de extrañar. Azcárate fue catedrático de Universidad, un gran analista, un profundo conocedor del marco internacional de la guerra civil, un diplomático nato aunque no profesional (quizá incluso un punto positivo), y que no tuvo el menor inconveniente en dejar los atractivos de una brillante carrera como funcionario de la Sociedad de Naciones (nada menos que uno de sus dos secretarios generales adjuntos) por la parva recompensa que le aguardaría como embajador en Londres de una República denostada y ayuna de toda ayuda por parte de las orgullosas democracias occidentales de la época. En los mentideros ginebrinos de entonces se hablaba de que tenía buenas posibilidades de suceder al secretario general y después de la segunda guerra mundial hubo gente que pensó en Azcárate para el puesto de secretario general de la nueva organización de Naciones Unidas.

Es decir, Azcárate era un diplomático de altura que renunció a una carrera brillante en la escena internacional porque apostó, desde el primer momento, por la defensa de la República. No en vano creía que era el único sistema que podía impulsar la modernización de España, cortar las ataduras con un pasado oligárquico y de subdesarrollo, insertarla en el concierto de las naciones democráticas del entorno y desterrar las consecuencias del dogal económico, político, cultural y militar que había cortocircuitado durante tanto tiempo las esperanzas de los institucionistas más ilustres.

En sus escritos Azcárate fue un hombre modesto. No contó en sus memorias todos los meritorios esfuerzos que hizo en pro de la República. Se limitó, obviamente, a los más importantes. A mí, sin embargo, siempre me impresionó su capacidad de ver lejos. Cuando, en agosto de 1936, todavía trabajaba en Ginebra aprovechó sus contactos con la delegación británica ante la Sociedad de Naciones para dar al Gobierno de S.M. una teórica explicando a sus colegas lo que estaba en juego en España.

El todavía secretario general adjunto subrayó, en primer lugar, la amargura y el desencanto que la actitud anglo-francesa de no ayudar a la República había provocado en Madrid. No sólo por el lanzamiento de la idea de no-intervención sino por la premura en aplicarla cuanto

antes, cuando todavía quedaban algunos interrogantes esenciales a los que responder. Por ejemplo, las actitudes de las potencias fascistas, de la dictadura salazarista y de otros países europeos. Tal información es algo que sus interlocutores quizá desdeñarán. Al fin y al cabo podían argumentar que la idea estaba lanzada. Reforzarla con su puesta en práctica unilateral, antes de que todos los demás respondieran, sería una garantía para los demás Estados. Francia y el Reino Unido estaban dispuestos a atenerse a un compromiso que se gestaba en un marco meramente intergubernamental, de consenso y al margen de toda referencia a la Sociedad de Naciones.

Mayor importancia tiene, históricamente hablando, la segunda línea argumentativa de Azcárate. En ésta incidió en la perplejidad que producía a los gobernantes republicanos la noción de que las potencias democráticas pudieran creerse las patrañas que divulgaban los sublevados, y sus ya protectores en Roma, Lisboa y Berlín, de que lo que estaba sucediendo en España era una confrontación entre comunismo y anti-comunismo. No era así. A decir verdad, nunca fue así.

En consecuencia Azcárate concluyó afirmando que si los países democráticos ayudaban a la República ésta podría neutralizar la sublevación. Con ello se robustecería el núcleo duro de republicanos de pro y de socialistas moderados en torno al cual podría establecerse la futura estructura política y social de España. Al tiempo, las democracias reforzarían sus posiciones en la piel de toro.

Azcárate, pues, identificó desde el primer momento el resorte fundamental que impulsó la estrategia exterior de la República en guerra y que, después, tanto se desvirtuó. Se trata este de un hecho que hay que atribuir por un lado a los vencedores, ciertamente. Pero, por otro, también a una parte de los vencidos (anarcosindicalistas, prietistas, poumistas) que, sin el menor pudor, falsearon la realidad y trataron de ajustar sus cuentas con Negrín, los socialistas negrinistas y, naturalmente, los comunistas.

En la atmósfera de la guerra fría, durante la cual Azcárate escribió sus memorias, se añadieron a aquella desvirtuación sistemática las complacencias con una dictadura ferozmente anticomunista y cuyo líder se dejaba ensalzar como el «centinela de Occidente». Franco se autoproyectó como el primero que había osado declarar la guerra al comunismo y que se había adelantado a todos los demás líderes occidentales, ya fueran británicos, norteamericanos o franceses. En un ejercicio de hipocresía completa, que también practicaron sus protec-

tores Hitler y Mussolini, el Caudillo/Generalísimo/Jefe del Estado, amén de otros títulos, adujo reiteradamente que para ello conocía bien la perversidad intrínseca de los auténticos adversarios de la civilización cristiana y occidental, bajo cuyo palio (timbre de honor de la Iglesia española) él entraba y salía de iglesias y catedrales en el «Estado nacionalcatólico».

Azcárate no dejó la menor duda de que sabía que se adentraba en «territorio comanche». Tuvo, en efecto, que lidiar con un gobierno británico hiperconservador en el que, según dejó plasmado en estas memorias, predominaban «los elementos más reaccionarios del partido y en el cual incluso sus elementos más liberales no se distinguían por una especial simpatía hacia nuestra República». Aun así, se quedó corto a la hora de aquilatar las auténticas dimensiones y la auténtica hostilidad que el gobierno británico de la época, ya fuese presidido por Stanley Baldwin o por aquel parangón del apaciguamiento llamado Neville Chamberlain, siempre sintieron hacia la experiencia republicana. Venía, incluso, de antes de la sublevación y se acentuó hasta extremos paroxísticos después de ésta.

El vaciado sistemático de la documentación diplomática y militar británica de la época ha arrojado frutos inmensos. Lo que se sabe de la actuación de los servicios de inteligencia (en particular el SIS —Secret Intelligence Service o MI6—) no lleva a otra conclusión. Los papeles desclasificados del servicio de seguridad (MI5) o contraespionaje están repletos de prejuicios, falsas informaciones y exageraciones sobre los republicanos españoles. Azcárate jamás pudo conocer hasta qué punto los funcionarios con quienes se codeaba cocían propuestas y medidas que perjudicaban el esfuerzo de guerra de la República. Eso sí, se lo imaginaba. Le dio, de entrada, mala espina la frialdad, rayana casi en la grosería, con la cual le acogió el subsecretario permanente del Foreign Office, sir Robert Vansittart, uno de sus puntales.

La reacción del nuevo embajador, típicamente española, de «al mal tiempo, buena cara», hubiera sido mucho más mitigada de haber sabido hasta qué punto la diplomacia británica y los servicios de inteligencia británicos habían estado creando mala fama al Frente Popular desde casi antes de las elecciones de febrero de 1936. Que sepamos, nadie pasó entonces en la Administración británica por el menor filtro crítico las estupideces, las exageraciones y las manipulaciones de información que esparció la intoxicadora prensa de derechas, británica o española, de aquellos meses.

Para terminar, una confesión personal. Las memorias que ahora tiene el lector en sus manos ejercieron sobre mí, desde cuando las leí por primera vez, una profunda influencia. Han sido compañeras de viajes y de reflexiones. Cuando, en 2001, se me planteó la salida de la Comisión Europea, en la que había trabajado durante quince años, acudí a Azcárate como ejemplo. Al igual que él me llevé unas cuarenta cajas de papeles de mi archivo personal y que, naturalmente, no era toda la que había pasado por mis manos. A los quince días de dejar la Comisión, en la que había vivido o me había tocado ver no pocas aventuras políticas y burocráticas, me puse a escribir lo que había hecho y presenciado.

Empecé por los tiempos más próximos. Los dos últimos años. Escribí de un tirón en Madrid un primer borrador, de memoria y en tres meses. De regreso a Bruselas lo comparé con la documentación relevante de la época y me llevé la gran sorpresa. Cosas que yo creía que habían sucedido tal y como las había escrito, y que pensaba estaban grabadas en mi memoria, aparecían bajo otra luz al compararlas con los documentos. Así que, en 2002, cambié de técnica y escribí basándome en éstos. Cuando terminé el libro, que por cierto no tuvo el menor éxito editorial, había aprendido a combinar historia (documentada) y recuerdos. Como Azcárate. Tan pronto como se publicó la obra, lo primero que hice fue entregar a los archivos de la Unión Europea en Florencia las cuarenta cajas de documentación, que había utilizado a manera de préstamo. Como hizo la familia de Azcárate.

La experiencia me sirvió para desconfiar de las obras de memorialistas. Puedo asegurar que no quise inducir a error a nadie al escribir sobre el último período que viví en la Comisión. Y eso que no habían transcurrido ni dos años. Pero mi memoria ya jugaba trucos, era selectiva, había «olvidado» cosas que no me habían gustado. De no haber contado con el correctivo de la documentación, hubiera dado una imagen falsa del pasado de la Comisión Europea y de mi propio pasado. La evidencia primaria relevante de la época, los testimonios orales de compañeros y amigos, las notas de diario y la prensa del momento fueron los materiales sobre los cuales construí mi relato en el que únicamente no dije la verdad en relación con un solo episodio. Atribuí a mi perspicacia y capacidad analítica algo que, en realidad, había leído en un documento procedente del gobierno de un Estado miembro pero que, naturalmente, no podía identificar. Mis asesores jurídicos me indujeron a tender un inocente velo para enmascarar lo que se desprendía de tal información.

Así pues, los lectores que se acerquen por primera vez a estas memorias de don Pablo de Azcárate pueden tener la seguridad de que reflejan con precisión lo que hizo, vio y oyó. No son la Historia, pero sí materiales para la misma y de un valor muy superior a los recuerdos escritos por casi cualquier otro alto funcionario o dirigente republicano.

ÁNGEL VIÑAS

Bruselas, enero de 2012.

PRESENTACIÓN

Este libro no la necesita. El propio autor indica que no pretende dar una visión acabada, definitiva, de los temas tratados.

Más que de una historia, se trata de materiales para la Historia. Esta prudencia del autor a la hora de escribir su libro no se debe a que esté basado en fuentes inseguras, sino todo lo contrario. Aunque redactado en los años cincuenta, el libro está escrito sin tomar distancia respecto a los hechos narrados. Ésta es la razón por la que en él encontraremos no tanto el juicio del historiador como la realidad en la forma que ha sido vivida y sentida por el protagonista. En cualquier caso, las memorias que aquí presentamos constituyen un material histórico perfectamente directo sobre una experiencia diplomática de gran trascendencia.

Por otra parte, si un libro como éste no necesita presentación, puede ser útil, en cambio, ofrecer al lector algunos recuerdos y rasgos de la biografía de mi padre, Pablo de Azcárate Flórez.

Nació en Madrid en 1899. Su padre, Cayo de Azcárate, era militar; alcanzó el grado de coronel y fue presidente de la Junta de Defensa del Cuerpo de Ingenieros. Su tío, Gumersindo de Azcárate —la persona que sin duda influyó más directamente en la orientación inicial de su vida—, era catedrático y jurisconsulto; autor de numerosos libros sobre temas políticos y jurídicos; diputado republicano por León, casi sin interrupción, desde la primera república hasta el período de la primera guerra mundial.

La juventud de Pablo de Azcárate se desarrolló principalmente en el ambiente de la Institución Libre de Enseñanza. Fue alumno de don Francisco Giner y de don Manuel B. Cossío. Esta educación krausista ejerció indiscutiblemente una profunda influencia en toda su vida.

Hizo estudios de Derecho en las Universidades de Zaragoza y de Madrid. A los veintitrés años, en 1913, ganó la cátedra de Derecho Ad-

ministrativo de la Universidad de Santiago de Compostela. Ejerció esa cátedra en Galicia durante un año y se trasladó luego a Granada.

A la muerte de Gumersindo de Azcárate, su sobrino Pablo se presentó a las elecciones a diputados a Cortes por León, en nombre del Partido Reformista, recientemente creado. Fue elegido diputado. Pero su participación en la política activa, en la vida parlamentaria española, fue de corta duración.

Antes de cumplir los treinta años, manifiesta ya particular interés por los problemas internacionales: realiza un viaje de un año a Inglaterra, durante el cual efectúa un estudio sobre la administración de los ferrocarriles británicos en el curso de la primera guerra mundial, publicado después en forma de libro.

En 1922, ingresa en la Sociedad de Naciones, en Ginebra, que estaba entonces en período de formación. Probablemente, Azcárate haya sido uno de los primeros españoles merecedores del calificativo de «funcionario internacional»: en efecto, dedicó su carrera, durante una parte importante de su vida, a una institución de carácter internacional. La Sociedad de Naciones representaba, en cierto modo, un experimento nuevo en el escenario europeo y mundial. Era una iniciativa tomada por las potencias vencedoras en la primera guerra mundial para aplicar nuevos métodos ante los graves problemas surgidos en aquella posguerra.

Azcárate se incorpora al núcleo inicial que se está formando en Ginebra, en el edificio del antiguo Hotel Nacional, a orillas del lago Lemán, convertido en la primera sede de la Sociedad de Naciones. Ese núcleo era bastante heterogéneo: en él se agrupaban diplomáticos, hombres políticos, funcionarios, periodistas procedentes de numerosos países, y se ponían a trabajar juntos, en una administración cuya razón de ser era buscar soluciones de compromiso entre los intereses encontrados de algunas de las principales potencias que dirigían la política mundial.

La Sociedad de Naciones estaba entonces sometida principalmente a la influencia de los gobiernos de Londres y París.

El proceso de adaptación de un joven profesor español a ese ambiente no pudo ser fácil; Azcárate superó los obstáculos gracias, sobre todo, a su seriedad, competencia y capacidad de trabajo.

Su primer cargo fue el de miembro de la sección de Protección de Minorías; al cabo de seis años fue nombrado director de dicha sección, que tenía a su cargo, principalmente, los complejos problemas de educación, estatuto jurídico, etc., planteados por los núcleos de población minoritarios que habían quedado dentro de las fronteras de Polonia,

Rumanía, Checoslovaquia, etc. Con ese motivo, Azcárate tuvo que realizar numerosos viajes a Europa central y a los Balcanes y establecer relaciones con los gobiernos de esos países.

En 1934, fue nombrado secretario general adjunto de la Sociedad de Naciones, cargo que desempeñó hasta que, en septiembre de 1936, se inicia el período al que está dedicado el presente libro.

Durante los catorce años en que Azcárate trabajó en la Sociedad de Naciones, la casa de mis padres en Ginebra fue un lugar donde se encontraban prácticamente todos los españoles que pasaban por esa ciudad: de un lado, las delegaciones que acudían a las reuniones de la Sociedad de Naciones o de la Oficina Internacional del Trabajo. Pero, además, numerosas figuras políticas o intelectuales como Fernando de los Ríos, íntimo de la familia Azcárate desde los tiempos de la Universidad de Granada, Largo Caballero, Madariaga, Pau Casals, Posada, Estelrich, Nicolau d'Olwer, Leopoldo Palacios, Gregorio Marañón, etc. Ocurría incluso que Andrés Segovia, que tenía su casa en Ginebra, se acercase con su guitarra...

Por los cargos que desempeñaba en la Sociedad de Naciones, Azcárate estableció relaciones con las principales figuras de la vida internacional de aquella época. En unos casos esas relaciones no iban más allá del marco oficial y protocolario; en otros, en cambio, se convertían en amistad y aprecio mutuo, cimentadas en permanentes trabajos y discusiones en común.

Entre las personas que frecuentaron la casa de Azcárate en aquellos años cabe citar a franceses, como J. Paul-Boncour, Pierre Laval, Léon Blum, Jean-Louis Barthou, etc.; ingleses, como Anthony Eden, lord Cecil; checoslovacos, como Eduard Benes, Fierlinger; soviéticos, como Litvinov, Rosenberg, Suritz; alemanes, etc.

Sin duda, Azcárate debía a su educación krausista un fuerte rigor moral, una gran conciencia y escrupulosidad en cualquier tarea que emprendiese, una actitud de tranquilidad y sencillez en todos los aspectos de su vida. Pero no cabe duda de que la experiencia de su largo período ginebrino le permitió abarcar con unas perspectivas más abiertas y una visión política más profunda el conjunto de los problemas internacionales; y le ayudó a adquirir un arte especial de la negociación, un método en la búsqueda incansable de soluciones a problemas que a primera vista parecían sin salida.

Para muchos, Azcárate aparecía, en ese período, como el negociador por excelencia, el hombre del «justo medio». Y también, como el «empresario» de la gran obra arquitectónica que representó la construcción

del Palacio de la Sociedad de Naciones, el cual es aún hoy una de las visitas obligadas de los turistas en Ginebra. Dentro de la división de competencias en la secretaría general de la Sociedad de Naciones, le correspondió hacerse cargo de la alta dirección de los trabajos de construcción del nuevo edificio. Por iniciativa suya, le fueron encargados al pintor catalán Josep Maria Sert los frescos que decoran la sala del Consejo.

Sin embargo, por debajo del «ginebrino» plenamente dedicado a la vida internacional, los hechos iban a demostrar que permanecía un Azcárate que se sentía hondamente ligado a los destinos de su país y de su pueblo.

En Ginebra, fue una verdadera sorpresa cuando, en septiembre de 1936, al mes y medio de iniciada la guerra civil en España, y cuando la prensa internacional consideraba casi inminente la derrota del campo republicano, se supo que Azcárate dimitía de su cargo de secretario general adjunto y asumía el puesto de embajador de la república en Londres.

Para algunos fue incomprensible. Para otros, una «quijotada». Para Azcárate era el cumplimiento de un deber, que él consideraba imposterizable por fidelidad a unos principios liberales y progresistas a los que se sentía atado por tradición familiar, por su educación, y también por lo que él había aprendido en la experiencia de su propia vida. En ésta, como en tantas otras coyunturas, la actitud resuelta de mi madre, Amelia Diz, le ayudó a tomar el camino acertado.

Lo que Azcárate hizo en Londres está escrito por él mismo en las páginas que siguen. Se representaba su misión diplomática como parte de una lucha en la que creía que debía hacer todo para que triunfara la causa que él consideraba justa.

Por eso su diplomacia fue, en cierto modo, una diplomacia de combate; por eso, en su libro, hay frases y acentos que responden a ese ambiente del período de la guerra civil, al espíritu que animaba a Azcárate no ya como diplomático, sino como combatiente. Eliminarlos, «edulcorarlos», no sólo hubiera parecido falsear el pensamiento del autor, dar una imagen errónea de su actividad oficial. Constituiría, lisa y llanamente, una burda mixtificación histórica.

Terminada la guerra civil, Azcárate permaneció en Londres, desde donde siguió el curso de la segunda guerra mundial. En ese período, se estrecharon en particular sus relaciones con don Juan Negrín, que había sido presidente del Consejo de ministros de la república en el último período de la guerra civil. La labor de Azcárate durante la segunda guerra mundial él mismo la ha calificado de «guerrillero de la diplomacia». Más que una labor de propaganda, hacia la que siempre mostraba Az-

cárate cierto recelo, cierta incompreensión, su trabajo se podría calificar de «gestión política», tanto en los medios de la izquierda inglesa, como sobre todo en relación con los diversos gobiernos emigrados que se habían instalado en Londres para proseguir la guerra contra el nazismo. Dirigentes laboristas como Attlee, Stafford Cripps, Noel Baker, el presidente checoslovaco Benes, el embajador soviético Maiski, varias de las personalidades francesas que rodeaban al general De Gaulle, mantenían con Azcárate relaciones frecuentes, le visitaban en su casa de Taplow. De la estima que esos medios tenían por él es testimonio la carta de Gaston Palewski, ministro del general De Gaulle y más tarde presidente del Consejo constitucional de Francia, con motivo de la muerte de Azcárate: «*On ne pouvait le connaître sans l'estimer et l'admirer. Il s'était imposé au jugement de ses pairs. Il était lucide, net et droit comme une épée*».*

En el año 1947, Pablo de Azcárate volvió a ocupar importantes cargos en la vida internacional. Como secretario principal de la Comisión de Conciliación en Palestina, desempeñó un papel considerable en el proceso de creación del Estado de Israel.

En 1952, se retiró a Ginebra y dedicó los últimos años de su vida a trabajos históricos. Entre los libros de Pablo de Azcárate publicados en el último período de su vida podemos citar Wellington en España (1960), La guerra del 98 (1968), Mission in Palestine (1966), Gumersindo de Azcárate, estudio biográfico documental (1969), Protection des minorités (1969). Escribió extensas introducciones a los Documentos de Sanz del Río y a la Cuestión Universitaria de 1875. Asimismo, numerosos ensayos históricos: «La nota de la "Junta Suprema de Sevilla" al Zar Alejandro I de Rusia» (1959), «Apunte biográfico de don Patricio de Azcárate» (1962), «La fundación Sierra-Pambley» (1964), «Una profecía de Pitt sobre España» (1964), «Pronunciamiento del teniente don Cayetano Cardero» (1966), «Una excursión por la serranía de Ronda hace medio siglo» (1967), «El almirante Topete y los sucesos del 23 de abril de 1873» (1967), «Efemérides del siglo XIX» (1967), «Notas sobre el origen de la Institución Libre de Enseñanza» (1967), «Excursión a Sierra Nevada» (1969), «Algunos manuscritos inéditos (?) de Costa» (1970), «José María Maranges» (1970) y «Apuntes biográficos del contralmirante don Tomás de Azcárate» (1970). Su principal trabajo en estos años fue la redacción de sus memorias del período de la guerra, cuyo primer tomo presentamos aquí.

* «No se le podía conocer sin estimarle y admirarle. Se había impuesto al juicio de sus pares. Era lúcido, neto y recto como una espada.»

A pesar de su dedicación a la historia, Azcárate siguió con permanente preocupación el desarrollo de la vida internacional y colaboró en diversos periódicos (Tribune de Genève, Nacional de Caracas, etc.) dando su opinión sobre los sucesos más importantes que se producían en la escena mundial, al mismo tiempo que mantenía una relación intensa con la vida cultural y política española. Durante los años sesenta hizo algunos viajes a Barcelona y Madrid, colaborando en revistas como *Ínsula*, *Papeles de Son Armadans*, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, *Revista de Occidente*, *Realidad*...

Hasta el fin se mantuvo fiel a los ideales liberales de su juventud. No se afilió a ningún partido, después de su inicial experiencia reformista. Quizá fue Negrín la figura política que mayor influencia ejerció sobre él. Dentro de las serias diferencias y discusiones que entre él y yo existieron, siempre respetó la opción que yo había hecho al afiliarme al Partido Comunista en 1934.

En su larga emigración, la preocupación política esencial de Azcárate fue contribuir al entendimiento de todas las fuerzas democráticas, para poner fin a la dictadura y establecer un régimen auténticamente democrático, que permitiese al pueblo decidir los destinos de España. Ya en un momento dramático de la guerra civil, en febrero de 1938, en carta a Fernando de los Ríos, a la sazón embajador en Washington, escribía: «Más que nunca es ahora necesario el sentido de la medida. Para medir lo bueno, lo mucho bueno que hay, y basar en ello la fe y confianza en el porvenir. Pero también para ver con claridad todo lo que queda todavía por hacer y por modificar. Que no es poco, ni de escasa importancia. Claro que, dominándolo todo, lo bueno y lo malo, los aciertos y los errores, queda una realidad profunda y sólida como el granito de la Sierra, y es lo que representa la acción del pueblo. Ésa es para mí la clave de todo. Y cualquiera que sea la estructura que se dé al Estado y sus instituciones después de la guerra, lo esencial es que se conforme a esa realidad básica de la nueva España, que consiste en la participación del pueblo, como elemento principal y decisivo, en la función rectora de los destinos del país».

Pablo de Azcárate murió en Ginebra el 12 de diciembre de 1971. Sus cenizas, por deseo expreso suyo, reposan en el Cementerio Civil de Madrid.

MANUEL AZCÁRATE
Madrid, enero de 1976.